

## Exigencias fundamentales de la catequesis

Mons. Joseph BOURNIQUE

¿Es posible definir hoy las reglas generales de una sana técnica en materia de catequesis? ¿Es posible establecer criterios universales para la recta elección de objetivos y medios? Cuanto más cerca se está de la acción, tanto más difícil resulta dar normas generales: lo que es vital para esta Conferencia Episcopal, puede ser superfluo para otra, e incluso, aquello que puede ser bueno en determinada circunstancia o en determinada región, puede resultar imposible o dañoso en otras partes.

Sin embargo, es necesario que se intente planificar un proyecto de acción que permita a cada uno encuadrar su propio problema con mayor claridad, y que hagan posible mayor coordinación entre todos. El marco que pretendemos delinear depende de un principio indiscutible en derecho, pero que es difícil llevar a la práctica: la vitalidad de la Iglesia se mide por la calidad y la importancia del esfuerzo realizado para que la fe se ahonde, se extienda y vaya en aumento.

Las respuestas de las Conferencias Episcopales a la encuesta mundial realizada en la primavera de 1971, refuerzan esta idea.

Parece necesario que, a fin de lograr este incremento de la fe, las Conferencias Episcopales se propongan la misma dificultad, formulen con expresiones diversas el mismo objetivo, y asignen a la catequesis idénticos deberes fundamentales.

### I. TERRENO MOVEDIZO

La dificultad se resume en los cambios sociales. Unas veces se expresa en términos negativos: indiferencia religiosa, materia-

lismo, opresión de parte de este o aquel régimen. Otras veces, en forma de desafío que se acepta, e incluso de posibilidades nuevas para la Iglesia: de una llamada a mayor fidelidad.

En todo caso, algo es seguro tanto para unos como para otros: el terreno se mueve y continuará moviéndose, y los cambios sociales ponen a prueba la vida de la Iglesia. Las categorías adoptadas para determinar este deslizamiento del terreno en que se desenvuelve nuestra actividad, son varias. Muchas veces se recurre a la categoría llamada «secularización», que es sutilmente criticada o relativizada en esta o aquella respuesta. De todas las maneras, está claro que ciertas prácticas tradicionales resultan ineficaces, mientras que, por otra parte, van surgiendo posibilidades inéditas y proyectos nuevos. El principio de orientación de estas nuevas formas viene enunciado de diferentes maneras, según las condiciones culturales, religiosas, sociales o económicas. Se habla de catequesis «liberadora», de catequesis «de la responsabilidad cristiana». Yo diría, yendo a la raíz de las cosas, que la catequesis para afrontar cambios actuales, debe, hoy más que nunca, «hacer que nazca el sentido»; debe ser, más que nunca, *revelación o interpretación*.

## II. OBJETIVO: REVELAR EL SIGNIFICADO

Hoy, como nunca, la catequesis debe tener por fin «hacer que surja el sentido». El conjunto de los grupos humanos, de las sociedades humanas, de los grupos primarios —tales como la familia— hasta de los grupos sociales, promotores de proyectos colectivos —económicos, políticos, culturales—, pasando por las masas fluctuantes —como la juventud— padece una crisis de finalidad, crisis de significado, y más aún, allí donde el progreso técnico hace que abunden los recursos y los medios; los fines fundamentales de la existencia humana, sea personal o colectiva, resultan cada vez más inalcanzables. Aumenta la potencia del hombre, y, al mismo tiempo, los fines a los cuales esta potencia debería ordenarse, se ven cada vez más discutidos y contestados.

La catequesis tiene que perseguir sus objetivos aun en medio de estas crisis de finalidad, porque nosotros estamos en posesión

de un «sentido» que proponer. Y este sentido, le proponemos de diversos modos, a distintos niveles: debemos proponer el sentido fundamental, el sentido que es la razón de existir de los otros significados, que asegura a éstos un motivo de desarrollo y de nueva formulación. Tenemos que demostrar que este mundo tiene sentido, porque en definitiva este mundo es un proyecto inmenso que transformar, con Alguien que regula de manera suprema y fundamental el proyecto de la creación y de la recreación. Es El el Autor, Autor supremo del proyecto, creador del tiempo, del espacio, del género humano. El conduce al género humano a un destino superior, que es la unión con El. El planificador supremo del proyecto quiere asociar la humanidad a su obra: la comunión final empieza ya ahora con la participación de la humanidad en el plan de Dios. La voluntad divina de hacer que participe la humanidad en la construcción del propio destino es tal, que Dios mismo elige un puesto dentro de la humanidad con la encarnación de Jesucristo. Jesucristo nos ofrece la posibilidad de tomar parte en el proyecto de Dios, de participar en él con conocimiento de causa, explícitamente, con la claridad asequible a nuestras fuerzas humanas. La fe es la llamada de Jesucristo a compartir el plan divino de transformación, el grado más alto de participación en la acción transformadora de Dios, porque la fe nos permite acercarnos al sentido, participar en la conciencia de la finalidad divina.

Eso es lo esencial del sentido pleno que la catequesis tiene por misión difundir, bajo distintas formas y en diversos grados, según sean aquellos a quienes lleva el mensaje.

Si quisiéramos recurrir a una imagen podríamos decir que, Dios, de alguna manera, trabaja con dos manos: la una es Cristo, y la otra el Espíritu Santo. Para poder revelar el sentido, tenemos que tener fe en la potencia del misterio de Cristo, en la esencia del contenido de la revelación: tenemos que tener fe en la eficacia del Espíritu que obra de manera diversa en la Iglesia y en la humanidad. Nuestro deber es trabajar para que las aspiraciones que el Espíritu despierta entre los hombres, aspiraciones a la comunión, búsqueda del sentido, encuentren su objeto que es Cristo, fuente y contenido del sentido, y hallen en Cristo su verdadera dimensión.

### III. NUESTRA TAREA: TRIPLE RENOVACION

Nuestra tarea descubre así su puesto en la relación entre el contenido revelado y la exigencia del sentido, inspirada por el Espíritu Santo. La puesta en práctica de esta relación exige de nuestra parte renovación triple:

- renovación en nuestro modo de tratar el contenido revelado.
- renovación por parte de la pregunta, o si se quiere, por parte de los hombres mismos, ocupados en la busca del sentido.
- renovación por parte de los mensajeros del Evangelio, o para ser más precisos, por parte de los catequistas.

#### A) RENOVACIÓN DE NUESTRO MODO DE TRATAR EL CONTENIDO REVELADO

El contenido de la revelación es el que encierra en sí la virtud del significado, la fuerza interpretativa. Se trata de liberar esta fuerza de la revelación, de no hacer la verdad esclava, por culpa de nuestra incapacidad.

Nosotros comprobamos que, en muchas ocasiones, con motivo de los cambios culturales, el contenido revelado se halla en condiciones de subdesarrollo. La fuerza significativa queda prisionera, sólo porque nosotros no llegamos a persuadirnos suficientemente del contenido. Vamos con retraso —y no sólo hoy, sino desde el advenimiento de la cultura moderna— en la tarea de pensar, de expresar el contenido. Desde sus orígenes la Iglesia ha llevado a término esfuerzos inmensos para injertar la revelación en la cultura. Durante siglos, los Padres de la Iglesia lucharon por aclimatar la revelación a la cultura grecolatina. Este colosal esfuerzo tuvo su culmen en la Escolástica medieval. Pero, cuando se ha tratado de acomodar ese esfuerzo con la invasión de la cultura científica, se ha detenido la marcha. Y hoy más; nunca se ha conseguido adaptar la revelación a las culturas india y china. Tanto es así, que, hoy, el pensamiento cristiano, tanto teológico como catequético, se debate frente a los mismos problemas con que tropezaron los Padres hace dieciocho siglos.

Es necesario, por tanto, empeñarse en un esfuerzo del pensamiento, esfuerzo que compete tanto a los teólogos como a los catequistas.

La prioridad en el esfuerzo de formación puede enunciarse así: los catequistas deben recibir ayuda para que consigan volver de nuevo a las fuentes, y descubrir en ellas aquel valor de significado que corresponda al contenido revelado y cuadre a la vida de hoy. Referirse de continuo a los orígenes: porque los orígenes contienen bastante más que los discursos catequéticos a que estamos habituados. La vuelta a los orígenes no es sólo asunto de integridad material, es sobre todo cuestión de profundidad y de exactitud en la orientación. Porque en nuestra enseñanza y en nuestra acción, todos estamos inclinados a empobrecer, degradar, reducir el plan de Dios. Es por tanto necesario realizar un decidido esfuerzo en la formación, que permita a los catequistas acercarse a las fuentes.

Tal valoración del contenido no puede realizarse independientemente del conocimiento más adecuado de las exigencias de la humanidad contemporánea. Las ciencias humanas, las diversas expresiones culturales de la humanidad: arte, literatura, discusiones sociales y políticas.

Es necesario empeñarse en el campo de las ciencias humanas, de modo especial, y de la cultura en general. Lograremos esto con tanta mayor eficacia cuanto mejor hayamos comprendido que no podemos limitarnos al «concordismo»; no debemos aplicar recetas sacadas de las teorías sociológicas o psicológicas. En realidad, nosotros tenemos que hacer un esfuerzo original, creador, que ponga en relación el contenido de la revelación y las culturas contemporáneas. Esfuerzo original, esfuerzo cristiano, porque para nosotros, creyentes, el contenido de la revelación es lo que nos permite conocer en su hondura las exigencias de la humanidad. Cristo es revelador de Dios y del hombre. Nunca podemos darnos por satisfechos con lo que es manifiesto, con las aspiraciones concretas, explícitas. Es necesario llegar al contenido escondido, no manifestado, de los interrogantes de la humanidad. Nunca podremos contentarnos con decir: «los jóvenes piensan esto», «nuestros contemporáneos quieren aquello». Esto nos conduce por camino directo a enajenar el depósito. No debemos de manera simplista,

antropomórfica, oponer el interrogante de la humanidad a la respuesta de Dios. Porque es Dios quien construye la respuesta de la humanidad. La historia del Pueblo de Dios nos muestra cómo El unas veces la acogió y otras contrarió las aspiraciones de los hombres; cómo innumerables veces, frustró, en el verdadero sentido de la palabra, los proyectos de Israel, con el fin de lograr que su pueblo comprendiera su superior designio. El depósito revelado es testimonio de este contraste entre el designio de Dios y los proyectos del hombre. El depósito revelado posee las claves de un conocimiento superior a todo lo que podemos conocer del hombre por otros caminos.

Pero no es del todo cierto que estemos en condiciones de descubrir una de estas claves que sea perfecta. Es necesario, por tanto, empeñarse con larga paciencia en la formación práctica, experimental, transformadora, yendo y viniendo del contenido a la pregunta, de la reflexión a la práctica. Todo esto, que es necesario realizar en servicio del contenido revelado, no ha de limitarse a sólo ciencia teórica, supone sobre todo el carisma de la interpretación. Si disminuye esta continua formación del carisma de interpretación, corremos el riesgo de no hablar ni ser comprendidos, quizá de no comprender nosotros siquiera aquello que decimos; corremos el riesgo de perder el aliento en una carrera sin normas, sin término, para alcanzar lo que llamamos intereses de los hombres, sin lograr descubrir su relación con el mensaje, su verdadero significado.

#### B) RENOVACIÓN POR PARTE DE LOS DESTINATARIOS, POR PARTE DE LA PREGUNTA

A fin de ser claro y expresándome en términos un poco vulgares, diré que, es necesario esforzarnos por renovar nuestro auditorio, ensanchar el círculo de nuestros íntimos. Es necesario pescar en aguas profundas. El Señor nos ofrece hoy la misma visión que propuso a Pedro en Jope (Act IX). Es necesario ampliar la pregunta que hoy se dirige a la revelación y ser capaces de darle respuesta.

Es necesario, verdaderamente, preocuparse del futuro de las generaciones jóvenes, que nacen en la Iglesia selladas por el bautismo: es fundamental, pero nuestro esfuerzo no debe limitarse

a ellas. Todos nosotros experimentamos aquella desoladora impresión de «Tonel de las Danaides»: trabajamos inútilmente, realizamos valiosos esfuerzos en la catequesis, pero los jóvenes y los adultos, al menos aparentemente, se van alejando cada vez más de la vida de la Iglesia.

La razón de ir perdiendo sujetos ¿no es quizá ésta? El proyecto cristiano, con demasiada frecuencia, aparece insignificante con respecto a los proyectos que compiten con él. Proyectos que atraen la atención de nuestros contemporáneos y que parecen más densos, más estimulantes de la imaginación y de la actividad creadora. Y, en muchos casos, son proyectos legítimos.

La carta de Pablo VI al Cardenal Roy nos indica el camino que se debe seguir: es necesario prestar atención nueva, sincera y clara a los proyectos sociales que se plantean en el mundo. Desde hace siglos, la Iglesia se ha interesado por el proyecto educativo, y aquí adquirió reputación justamente merecida. Pero en la carta de Pablo VI, aparecen analizados otros proyectos: proyectos de incrementar las relaciones sociales, de construir y reconstruir la sociedad: el movimiento obrero, la emancipación de la mujer, la dignidad de los ancianos, la justicia con el tercer mundo, la importancia de la economía, etc. Pablo VI nos invita a multiplicar los esfuerzos por injertar la fe en estos proyectos mayores, con el fin de elevar de nuevo tales proyectos a su significación suprema, a la luz de la verdad inalterable del Evangelio. La catequesis tiene papel específico en esta tarea: ella permite abrir, como en abanico, la verdad inalterable del Evangelio.

#### C) RENOVACIÓN POR PARTE DE LOS MENSAJEROS DEL EVANGELIO, POR PARTE DE LOS CATEQUISTAS

Por lo referente al contenido de la revelación hemos insistido en aquello que toca a la formación de los responsables de la catequesis y de los catequistas. Volveremos sobre el tema sólo para decir que, aun reconociendo la importancia de los buenos manuales, de los textos —importancia grandemente reconocida por la mayor parte de la Conferencia Episcopal— sin embargo, permanece como esencial la formación de los mensajeros, de aquellos que llevan a la práctica el proyecto catequístico. A decir verdad, todo manual supone siempre un compromiso, más o menos acepta-

ble, entre exigencias contradictorias, porque lo esencial es el conocimiento vivo de las fuentes, el conocimiento de la misión y la capacidad de ejercer el carisma de interpretación.

Hablemos, ahora, del número y de la situación de los catequistas. La mies es mucha y los obreros pocos. Todos están de acuerdo en decir que es insuficiente el número de catequistas. En este punto pueden darse divergencias en cuanto a la manera de actuar, y es necesario tomar alguna decisión. En muchos países, no siempre los más ricos económicamente, se insiste con frecuencia sobre la necesidad de multiplicar el número de los catequistas permanentes, catequistas remunerados, cuya subsistencia corre a cargo de la Iglesia. Esta preocupación es legítima, pero es necesario hacer sobre ella algunas observaciones. Se puede temer, en efecto, que sintamos demasiada nostalgia de los grandes ejércitos permanentes y regulares, y que nos mantengamos extraños a otra forma más elástica, a la táctica de guerrillas, o que desconozcamos la potencialidad del Pueblo de Dios, del cristiano de base, del «creyente ordinario».

Algunas Conferencias Episcopales, con frecuencia las más desprovistas de personal y de medios financieros, se ponen en guardia contra la preocupación unilateral de multiplicar los catequistas ocupados exclusivamente en esta tarea. Tales Conferencias reconocen la importancia de un organismo permanente, pero a condición de que esté formado por escuadras poco numerosas y altamente cualificadas. Todo trabajo de base, esto es, la catequesis corriente, debe ser confiada a fieles ordinarios, no profesionales, mientras que las escuadras permanentes tienen la tarea de formar y sostener a los catequistas de base.

Esta visión parece muy fecunda. Y no responde sólo a una sana prudencia financiera, sino que corresponde a una visión teológica. Esta implica confianza en el papel activo del Pueblo de Dios, como lo ha subrayado el Concilio Vaticano II.

Debe decirse también que es posible transformar los sujetos de la catequesis en agentes. La experiencia lo demuestra: es posible empeñar a los padres en la catequesis de los niños y adolescentes.

La catequesis de los adultos ni viene ejercitada de forma vigorosa ni llega a producir elementos activos, sino cuando a los adul-

tos se les pone en condiciones de corresponsabilidad en su formación. Es necesario realizar ensayos de «imaginación social», como lo pide Pablo VI, en la valorización del pueblo de Dios.

Cosa parecida debe decirse respecto al problema de los medios de comunicación social. Casi todas las Conferencias ponen de manifiesto su importancia. Ellos son, efectivamente el medio fácil de romper nuestro estrecho círculo familiar, sobre todo, son el medio para llegar a los más lejanos, los más pobres, cultural y económicamente.

¿Quiere esto decir que han de invertirse en ellos grandes sumas? Fuera de la prensa católica, el resto no cae dentro de nuestras posibilidades ordinarias. Sin embargo lo que resulta siempre posible y muy fecundo, es el establecer relaciones de trabajo, de reflexión, con aquellos que profesionalmente están empeñados en dichos medios: prensa, publicaciones, radio, televisión, discos, cine y hasta la publicidad. En tales ambientes contamos con cristianos, con simpatizantes de los cristianos y hasta con ateos que admiran a Cristo y que están dispuestos a empeñarse con los responsables de la catequesis en un diálogo confiado y en actitudes y actividades comunes, aunque sean limitadas.

Hay pocos operarios, tal vez... pero hay también muchos obreros de última hora a los que nunca se ha pensado utilizar.

Para terminar no quisiéramos dejar de decir una palabra sobre la colaboración entre los responsables de la catequesis: colaboración costosa y no obstante necesaria.

Costosa porque los encuentros, las comisiones, las reuniones, los congresos requieren tiempo y dinero. Siempre miramos con un poco de malos ojos este trabajo intermediario que nos distrae del trabajo directo.

Colaboración tanto más necesaria cuanto no podemos avanzar si no es juntos. Aunque sea a costa de tiempo aparentemente perdido y de discusiones molestas. Debe intentarse la colaboración internacional. Esta se inició hace ya 20 años. Estoy pensando en los encuentros organizados por el P. Hofinger: Eichstätt, Bangkok, Katingnong, Manila, Medellín, encuentros que han desempeñado papel decisivo.

La colaboración internacional debe continuarse y consolidarse, acomodándose a las repetidas peticiones de la Iglesia. Estas reu-

niones no se deben limitar a intervenciones periódicas, estrictamente limitadas al examen de alguna dificultad o a crisis concreta, como ha sucedido muchas veces en el pasado. Se impone un régimen de colaboración regular, en la que las partes puedan dar a conocer sus actividades fructuosas, y comprenderse mutuamente, dentro de unos límites de trabajo y de estudio bien determinados.

Ello es conforme con la naturaleza de la Iglesia católica y con el movimiento de armonización internacional que va afirmándose en la sociedad civil. Permitirá además que la Santa Sede desempeñe su papel de garante de la unidad, y que las Conferencias Episcopales desarrollen su acción de manera adecuada a las situaciones particulares.

### CONCLUSION

La conclusión es que se precisa continuar trabajando con miras al futuro; preparar el futuro a costa de los sacrificios presentes; pero a mi ver es necesario preparar el futuro, según los casos, de manera verdaderamente nueva.